

Perú del Ande y al Perú de la barriada. Hombre de mente ágil y humor fino, Don Javier fue también un hijo consciente del deber que concita y convoca un apellido ilustre, fue el esposo cabal que unió su vida a una mujer dulce y tierna. Fue él mismo un padre amoroso, legítimamente orgulloso de José Carlos y sus muchos talentos. Actuó con la misma distinción, con apego a intachables principios éticos en el aula universitaria, en el consultorio privado, en un despacho administrativo, en un comité organizacional o en un congreso científico. Se asomó a la vida con sencillez y la dejó físicamente, con dignidad. Personificó, vivió y practicó un humanismo pleno.

Mariátegui dio a nuestra psiquiatría, en el camino que abrió Honorio Delgado, el sello ecuménico del quehacer clínico y de disciplina humana. El suyo fue un terco afán de vivir la psiquiatría también como quehacer académico, universitario. Visualizó a la universidad como “hogar de la libertad”, para citar a Leopoldo Chiappo, libertad definida como “el derecho a pensar lo impensable, discutir lo inmenurable y cuestionar lo incuestionable”, como diría Benno Schmidt. Concibió a la universidad como expresión de creatividad y tolerancia, de sabiduría y de poder moral. La universidad como depositaria de un pasado que, nos causa orgullo o dolor, es ineluctablemente nuestro, reflexión cimera de nuestros corajes y nuestras cobardías. Pero también la universidad que es promesa, laboratorio pleno de preguntas, de experimentos y respuestas, de “esclarecimiento de contrastes” como acotaría Don Javier.

Quiero finalizar mencionando brevemente, otro ingrediente sustancial en la trayectoria de Javier Mariátegui, vívidamente trazado por una visita que hice a la oficina-estudio en su casa de la calle Salvador Gutiérrez, hace dos días. Me refiero a la ocasional búsqueda de una soledad reflexiva. La soledad del filósofo, la soledad del escritor, la soledad creativa que puede ser tanto el “ocio saludable” del que él nos hablaba, como el éxtasis de una obra de arte que, en palabras de Milan Kundera, nos brinda “una figura de paz y de felicidad, de otro modo inaccesibles”. La soledad liberadora que separa a una pintura de Van Gogh de la mirada agostiza del turista; esa soledad que permite entender a Joyce o a Kafka sin verlos como obsoletos ornamentos de la mentalidad consumista. Vertebrada así, la obra de Don Javier nos enorgullece porque siendo uno de los nuestros, es también nuestra. Y es ese orgullo genuino y sincero, el mismo con el que la Academia Nacional de Medicina nos ha convocado hoy a este acto.

Muchas Gracias.

PALABRAS DEL AN DR. ZUÑO BURSTEIN ALVA

Quiero, en primer lugar, agradecer al Dr. Renato Alarcón por haberme invitado a decir unas palabras, en mi condición de cercano amigo y condiscípulo de Javier Mariátegui Chiappe, en el Homenaje que la Academia Nacional de Medicina ha organizado en su memoria.

Antes de comenzar con las expresiones recordatorias como compañero de estudios de Javier, deseo compartir con ustedes mi profundo pesar por la sensible pérdida de nuestra querida amiga Rosa María Ezeta, esposa de nuestro homenajeado, ocurrida el pasado jueves 13 de Noviembre, apenas tres meses después de la desaparición de Javier. Rosita, durante su vida en común, compartió sus éxitos y lo acompañó en los momentos difíciles que por salud y otros motivos les acontecieron. Tuvo con ella su único hijo, José Carlos Mariátegui Ezeta, destacado profesional que nos acompaña hoy, y quien ha heredado la capacidad intelectual de su padre y que queda, ahora, como depositario de su patrimonio cultural. Con dispensa de la Mesa y en homenaje a esta estupenda mujer que acompañó y cuidó a Javier con el sacrificio personal de su vida, tras de haber sobrellevado una enfermedad tumoral de larga evolución, y acelerada por la irremediable pérdida de su querido esposo, me permito pedir a la audiencia un minuto de silencio.

Javier Mariátegui realizó su formación profesional en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos a la que ingresó en 1947 para seguir estudios médicos en la Facultad de Medicina de San Fernando; formó parte de la Promoción Médica 1955 “Oswaldo Herculles”, promoción muy numerosa, con 450 integrantes, que se dividió para los efectos lectivos en dos grupos, perteneciendo Javier al segundo grupo. A esta promoción pertenecen destacados profesionales de diferentes especialidades y numerosos y conocidos psiquiatras, algunos de ellos aquí presentes.

Cultivó la amistad como un valor supremo, de lo que podemos dar fe los miembros de su promoción médica, con quienes conservó durante toda su vida una estrecha relación fraternal, siendo por ello justamente considerado como su más destacado representante. La actual Junta Directiva, presidida por el neurocirujano Mario Vallenás, y cuya representatividad me ha sido concedida para adherirnos a este homenaje, en la nota editorial de su Boletín Informativo de octubre del 2008 dice textualmente: “Iniciamos este editorial con

un póstumo homenaje al querido colega y amigo Javier Mariátegui Chiappe que falleció el 3 de agosto pasado... No podemos dejar de mencionar que él fue el alumno más destacado y uno de los delegados de nuestra numerosa promoción. Su dedicación al estudio y luego al desarrollo de su especialidad, aparte de su entrega a sus pacientes, su espíritu humanista y su inquietud de investigador, lo pusieron siempre en una posición expectante dentro de las instituciones médicas a las que perteneció."

Mariátegui obtuvo el primer puesto de nuestra promoción médica, recibiendo en reconocimiento la "Contenta", máxima distinción otorgada por la Facultad de Medicina. Se recibió de médico cirujano en el año 1956 con una tesis calificada con la nota máxima.

Su claridad de criterios y su posición ideológica, sin militancia partidaria alguna, pero principista e ideológicamente comprometida con los planteamientos de una izquierda vanguardista, le valieron un estatus de liderazgo que mantuvo permanentemente, contando con la simpatía, incluso, de quienes pertenecían a tiendas políticas opuestas. A lo largo de su vida, al lado de su consecuencia y lealtad para con sus principios ideológicos, descollaron su honestidad a toda prueba y su sentido de responsabilidad y su gran capacidad de gestión en la actividad docente, la administración pública y el funcionamiento institucional.

Estuvo permanentemente vinculado a la docencia e investigación universitarias, llegando incluso, a ser miembro fundador de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, sin que ello significara su alejamiento de su condición de docente en su alma mater, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en la que llegó a ser profesor principal y, posteriormente nombrado profesor emérito. En la Universidad Peruana Cayetano Heredia fue también nombrado como primer Titular de la Cátedra Honorio Delgado, creada en homenaje al distinguido maestro de la psiquiatría continental.

Javier Mariátegui Chiappe fue una de las personalidades más representativas de la medicina peruana de estos últimos tiempos; psiquiatra de formación clásica, continuador de la orientación metodológica del gran maestro de renombre internacional, el profesor Honorio Delgado. Su estrecha vinculación con destacados neuropsiquiatras, neuropatólogos y psiquiatras de diferentes escuelas, como los profesores Oscar Trelles, Enrique Encinas, Juan Francisco Valega, Humberto

Rotondo, Baltazar Caravedo y otros, le permitió, con un enfoque organicista y un amplio espectro multidisciplinario, constituirse en el especialista más versado y respetado en cuanto a problemas relacionados con la salud mental en nuestro medio. Heredó de su padre, el gran Amauta, ideólogo social y político y una de las mentalidades más destacadas de la intelectualidad peruana, José Carlos Mariátegui, la lucidez, gran inteligencia, sensibilidad y compromiso social con las causas justas de la humanidad, cualidades que aplicó plenamente a su ejercicio profesional especializado, a la docencia universitaria y a la investigación.

Su amplitud de criterio, su extraordinaria capacidad oratoria y su calidad como gran conferencista, le valieron su incorporación a los círculos más distinguidos de la intelectualidad peruana. Alcanzó reconocimiento internacional como uno de los intelectuales y humanistas de más prestigio en nuestro país. Fue incorporado por su versación y pureza idiomática a la Academia Peruana de la Lengua, como uno de sus miembros de número.

En su vida cotidiana, Javier Mariátegui fue un ejemplo de brillantez total, asumiendo durante toda su existencia "la obligación moral de ser inteligente", frase ésta última citada por Renato Alarcón, editor del libro "Desde nuestra propia entraña. Homenaje al Profesor Javier Mariátegui", conjuntamente con Jorge Castro y Enrique Cipriani, que se publicó en 1991, presentado por Roger Guerra-García, rector en aquel entonces de la Universidad Peruana Cayetano Heredia y prologado por Carlos Alberto Seguí.

Merecen especial mención su enorme amor filial hacia su padre, el Amauta, con el que estableció una destacada identificación ideológica, y su respeto, plasmado en homenajes escritos a los que fueron sus maestros durante su formación profesional: Honorio Delgado, Juan Francisco Valega, Enrique Encinas, Humberto Rotondo, Hugo Pesce, entre otros.

Javier tuvo una vida que es un ejemplo a seguir y un estímulo para las nuevas generaciones. Sus amigos nos sentimos orgullosos de él y ese sentimiento nos obliga a proyectarlo como paradigma de vida académica-médica al servicio de la sociedad y de las buenas causas de la humanidad.

Muchas Gracias.